

MIENTRAS EL BOSQUE CREZCA

(Esta obra se emitió en versión radiofónica por Ràdio 4-Radion Nacional de España. Está publicada en versión catalana en Arola Editors. Col.lecció Textos Apart-Teatre Contemporani. Vol. 31)

Ignasi Garcia

HOMBRE 1: Tengo miedo. Me da vergüenza reconocerlo. Debería estar contento, sólo debería estar contento, entonces todo fluiría con normalidad. Parece ser que seguimos una ley natural que marca la pauta de todas las cosas. Eso es lo que dicen. Y eso me debería tranquilizar.

Las cosas cambian a mi alrededor: cambian de forma, de color, de gusto... Las caras que conozco no son las mismas, ya no me miran de la misma manera que antes. La llave con la que abro la puerta de mi casa sigue siendo la misma, pero lo que hay detrás de ella tiene un aire distinto. Todo se ha ensanchado.

Ahí dentro hay alguien. Una presencia que no conozco y que me mira desde su escondite invisible y me acompaña siempre: cuando me afeito, cuando me ducho, incluso cuando me meto en la cama. Si, también la cama ha cambiado. De repente la noto más estrecha. Es él, el visitante invisible que quiere meterse dentro junto a nosotros. Pero no puedo quejarme, al fin y al cabo yo también le he invitado a venir. ¿Habría sitio para los tres?

HOMBRE 2: No se preocupe. Tengo la impresión de que esta situación no durará mucho tiempo. Sí, creo que se lo puedo decir con toda seguridad. Pero es normal que no esté muy centrado. Al fin y al cabo lo supo el lunes y son cosas que, quieras o no, siempre te caen por sorpresa. Al día siguiente se dejó los impresos en la Central. No se alarme. Al cabo de media hora volvió a buscarlos. Ya había convencido a un cliente y cuando abrió el maletín para

sacar el contrato se dio cuenta de que estaba vacío. Yo, naturalmente, le llamé la atención. Pero no quise ser muy severo. Creo que actué correctamente, tal como me enseñaron en el Curso de Relaciones Humanas.

Sé que tres contratos en una semana son pocos. Hasta ahora él cerraba una media de ocho contratos por semana, eso usted ya lo sabe. El mes pasado nuestro equipo fue el que funcionó mejor y fue sobre todo gracias a él.

Por eso le pido que tenga un poco de paciencia. Yo también pasé por esta fase. Y me atrevería a decir que casi todos los que viven un momento así pasan por ella. Usted mismo, por ejemplo...

Ya sé que es la cosa más natural del mundo y que no debería sorprender a nadie. Por eso sólo se puede decir desde la experiencia, como es mi caso y, si me lo permite, me atrevería a decir que también el suyo.

Pero no se preocupe. Pienso tener una charla con él al respecto. Si es necesario le llamaré este fin de semana para concertar una cita antes del lunes. De modo que prácticamente le puedo asegurar que el próximo viernes nuestro equipo habrá mejorado sus resultados.

HOMBRE 3: ¡Qué ocurrencia! ¿Pero qué te pasa? Claro que no me importaría. Yo te quiero. Pero de momento ya nos va bien así, ¿no? No te enfades, mujer, lo que pasa es que cuando te pones en ese plan alguien tiene que pensar por los dos. ¿Y tu máster? ¿No has pensado en eso? Siempre te quejas de que te roba demasiado tiempo. ¿Y ahora me sales con ésas? Hay que pensar con la cabeza. El trabajo es algo muy serio, tal como se están poniendo las cosas. Y cuando acabes el máster podrás buscar un buen empleo, ya lo verás. De hecho ya te han propuesto algo, ¿no? Pues entonces no hables por hablar.

Antes de pensar en todo eso debes encontrar un buen empleo. Entonces te vendrás a vivir aquí conmigo, tendremos el futuro más claro y podremos decidir lo que más nos convenga. Pero esto... Mira, conozco un caso clarísimo: un compañero de trabajo se casó hace un par de años y todo fue cambiando poco a poco. Antes salíamos mucho los dos. Cenábamos, nos íbamos de copas por ahí...y con el paso del tiempo todo aquello se fue acabando. Es lo que yo digo: cuando se ponen papeles por medio todo se acaba. Y ahora va a tener un crío. ¡Si le vieses la cara! El pobre está acojonado. La verdad es que no le reconozco.

Ya sé que sólo hablabas por hablar. Pero es que ese tipo de comentario no me gustan nada. ¿Tú crees que estarías preparada para algo así? ¿Lo ves? Pues yo tampoco.

Vamos, apaga la luz.

HOMBRE 1: Hay una fuerza extraña en ella. Se ha transformado, se lo noto en la cara. Caigo dentro de sus ojos como un torrente y a mi alrededor sólo hay calma y placidez. Serenidad y plenitud. Me siento extraño mirándola. Ella dice que por fuera está como siempre. Seguramente me lo dice para que la sienta más cercana, para hacerme perder el miedo, para que deje de sospechar que ya no es la misma mujer que he conocido hasta ahora.

Se ha convertido en planeta. En su interior hay terremotos y erupciones, tempestades internas que yo no puedo entender.

Sólo puedo ser un satélite. Sólo puedo girar a su alrededor sin tener ni siquiera movimiento de rotación propio.

Me pierdo en su calma y en su plenitud. Pero me rebelo cuando me doy cuenta de que no estoy en mi terreno, que esta calma yo no la poseo y que me veo obligado a salir a por ella. Y que, por lo tanto, no me pertenece.

Ella crece. Su vientre se empieza a curvar. Algo que aún no tiene nombre quiere manifestarse y reivindicar su futura voluntad de ser. Ya no estamos solos cuando hacemos el amor. El deseo ya no es solamente deseo. Hay nuevas sensaciones que, quieras o no, lo acompañan. Yo las querría ignorar pero me resulta imposible, siempre regresan, porque en el fondo sé que su cuerpo me esconde sus secretos, me llena de preguntas y me oculta las respuestas.

Ella es un bosque. Un bosque que crece en silencio. Y yo... ¿qué soy?

HOMBRE 2: ¡Se le ha acabado el chollo, chaval! Ahora se tendrá que comprar el coche por cojones. No se puede ir por ahí con un crío sin estar debidamente equipado, te lo digo yo. No se lo quiso comprar para el trabajo y ya lo ves, yendo de un lado para otro en tren o en autocar.

Al principio discutimos sobre el tema, quise convencerle, pero no conseguí nada de ese testarudo. Decía que no quería entrar en la noria. Ya le conoces. Es más tozudo que una mula. Prefiere gastar suelas de zapato. Estuvieron a punto de echarlo a la calle, ¿lo sabías? Pero se salvó porque es un buen vendedor. No sé cómo lo consigue, porque lo cierto es que más de una vez los clientes han tenido que ir a buscarlo a las estaciones de tren porque tenían el negocio en las afueras y la estación estaba demasiado lejos como para ir a pie.

He tenido que intervenir en su favor. No sabría decirte por qué. Supongo que lo he hecho porque al fin y al cabo yo también he pasado por esto. Tengo tres

hijos, ¿lo sabías? Sí, chico, sí. ¡Tres! ¡Menudo follón! Aprovecha, ahora que puedes. Se lo dije a él y te lo digo a ti ahora: ¡no te enfollones! Después todo son preocupaciones, facturas, noches en vela sin dormir porque el crío llora y no tienes ni puta idea de lo que le pasa... Puede que tenga hambre, puede que le estén saliendo los dientes o puede que esté cagado de pies a cabeza.

Oye, y que conste que quiero mucho a mis hijos, ¿eh? Pero hay que reconocer que cuando son pequeños sólo son máquinas de segregar líquidos pestilentes. A veces me habría gustado que ya hubiesen nacido con unos añitos, los angelitos. ¡Pero qué se le va a hacer! Las cosas son como son. Y también tienes tus momentos de alegría, no creas.

Pero no hay que darle tantas vueltas como está haciendo él. Se está buscando problemas, ¿sabes? Ya te habrás dado cuenta de que no anda muy fino.

Hace algunos días me llamaron de Dirección para pedirme explicaciones por sus resultados. Pude convencerles de que le dejaran más tiempo para centrarse un poco. Pero no sé hasta cuándo podrán aguantar esto. Suerte que tú vas mejorando, que si no...

Oye, ¿sabes qué se me ocurre? Que podrías tener una charla con él. A mí no me hace caso. A lo mejor así se da cuenta de que los de arriba están mosqueados. Te lo agradecería.

¿Qué? ¿Cuántos contratos me traes hoy?

HOMBRE 3: No. No puedo. Fue un lamentable error y estoy dispuesto a buscar una solución contigo, te lo digo en serio. Asumo la parte de responsabilidad que me corresponde. Pero no me pidas eso, ¿me oyes? No me lo pidas. Yo

estoy muy bien así, llevo años viviendo de esta manera y me va muy bien. Tengo proyectos. Proyectos en los que te incluyo a ti pero a nadie más, ¿entiendes? A nadie más.

No estoy preparado para lo que me pides. No sabría cómo hacerlo. Me ahogaría. Ya me ahogo ahora sólo de pensarlo. Intento imaginarme dentro de unos años y me veo frustrado y resentido. Sobre todo resentido contra ti y esa cosa que llevas dentro.

Tengo un compañero de trabajo con tres hijos y lo veo tal como te digo: frustrado y resentido. Como si alguien lo hubiese estafado y él no se hubiese dado cuenta hasta al cabo de muchos años. Yo no quiero terminar así, preocupado, pasando noches en vela por cualquier tontería, arrastrando la lengua por la vida. ¿No has pensado en eso? No me mires así, seguro que no lo has pensado. Los dos tenemos mucha vida por delante. Tú también tienes tus planes. Los tienes desde hace mucho tiempo. Y sabes perfectamente que para poderlos llevar a cabo no te puedes despistar ni un momento.

Puede que no te guste. A mí tampoco me gusta. Pero es el mundo que nos ha tocado vivir.

Por cierto, ¿ya has pensado a qué clase de mundo vendría a parar esa criatura? Si ahora las cosas son tan difíciles, imagínate cómo serán en unos años. No. Yo no quiero ser cómplice de una crueldad como ésta. No soy tan egoísta.

Aún estamos a tiempo de actuar sin remordimientos. Después ya será demasiado tarde. Buscaremos un lugar seguro y con garantías donde haya buenos profesionales, yo me encargaré de todo. Sé que te resultará difícil. Pero yo estaré a tu lado.

¿Qué respondes?

HOMBRE 1: Me cogió la mano y la llevó hasta su barriga. Volví a notar el contacto de su piel, cada vez más lisa y compacta, como un melocotón que madura.

Y lo noté.

Alguna cosa se movía bajo la piel que la envolvía. Algo que aún era ella pero que cada vez lo era menos. Iba adquiriendo su propia presencia y lo decía a gritos, gritando involuntariamente a su manera.

El melocotón aparecía de repente momentáneamente deformado por pequeños bultos escurridizos que ella intentaba atrapar. Quería comunicarse con su interior. Quería demostrar su complicidad y su satisfacción.

Ella sonreía de una manera extraña, hacia dentro.

Y de repente yo estaba jugando con ella, persiguiendo aquellos bultos de agua revoltosos que huían de mis dedos. Allí dentro había un pez, un pez con brazos y piernas que cada vez se parecía más a mí.

Yo ya lo había visto antes en la consulta. Le había visto los pies, las rodillas, la cabeza, los ojos... Esos ojos con los que aún no podía ver. Lo espiaba mientras se movía. Ya lo sabía prácticamente todo acerca de aquel pez. Menos lo que esperaba de mí y lo que yo podría darle.

También le vi el corazón. Una mancha negra imparable que se aferraba a la vida furiosamente. Tac... tac... tac... tac... Cada latido lo separaba de la nada. “¿Cómo puede vivir ella normalmente sabiendo lo que pasa en su interior? –me preguntaba- ¿Cómo es posible que pueda levantarse a la misma hora, ir al

trabajo, incluso coger los cubiertos de la misma manera y con la misma tranquilidad que antes?”

Entonces comprendí de una vez por todas lo que estaba pasando y me pregunté cómo era posible que aquello hubiera salido en parte de mí. No pude evitar mirarme de reojo el sexo, que ahora descansaba plácidamente en mis pantalones como si no hubiese tenido nada que ver en el asunto.

Hoy he soñado con el pez. Aún no me atrevo a llamarlo de otro modo. Me cuesta. Me parece demasiado... solemne. Dormía en la cuna que le hemos preparado. A su alrededor sólo había silencio. Yo no quería acercarme. Sabía que estaba allí pero no quería acercarme. Puede que por miedo a despertarlo. Ella me decía que me acercase pero yo insistía en que no. Entonces ella lo ha cogido en brazos. Yo no podía verlo porque estaba tapado con una especie de manta. Y me he asustado, me he asustado mucho, porque en seguida he entendido que ella quería que yo lo cogiese en brazos. Yo le decía que no me lo diese porque se me caería al suelo. Estaba seguro de que se me caería. Pero ella no me ha hecho caso y ha continuado avanzando hacia mí. Yo he querido retroceder pero no he podido. Tenía el cuerpo paralizado y los pies clavados en el suelo. Ella me ha alargado sus brazos, dispuesta a darme esa criatura. Entonces me he despertado y la he visto durmiendo a mi lado.

He mirado la cuna.

Y aún estaba vacía.

Hombre 2: Me pasaría el resto del día durmiendo, te lo juro. Si pudiera me encerraría y dormiría una semana entera. ¡Qué asco de vida! Hoy no me han firmado ningún contrato, ¿te lo puedes creer? Había un tipo interesado pero no

acababa de decidirse. Tenía una cadena de tiendas y quería uno en cada una. ¿Te lo imaginas? ¡Uno en cada tienda! Pues el tipo en cuestión me ha hecho madrugar; he tenido que salir a la calle a las siete de la mañana, con el frío que hace en este pueblo de mierda, y me he tenido que largar a las afueras. Después me han hecho esperar casi una hora porque estaba hablando por teléfono y, cuando por fin me recibe en su despacho, me dice que no, que ha hablado con su gestor y que lo puede conseguir más barato en otra parte. ¡Será hijo de puta! Ya no he podido hacer nada en todo el día. No me he visto capaz. Entraba en los sitios sólo por inercia, porque estoy acostumbrado a hacerlo cada día, pero antes de hablar con alguien sabía que no sacaría nada de provecho. No creo que haya sido buena idea que vinieses. No tengo el día. No estoy de humor, ¿comprendes?

No, espera, no te vayas. Tengo que contarte algo. Estas mañana, después de aquello, estaba muy cabreado. No había conseguido colocar la venta y me habían humillado. Como les pasa a menudo a los novatos que llegan a la empresa. Lo habría mandado todo a la mierda, te lo digo en serio. Por unos momentos me he preguntado: “¿Pero qué coño haces trabajando en esto?”. Pasa algunas veces. Es normal. Yo necesitaba hablar con alguien. Pero tú no estabas en casa. Así que he llamado a mi mujer. ¿y sabes con qué me sale? Con que tendría que pedir un puesto en un despacho para no tener que moverme de la ciudad, que ella ya me lo ha dicho muchas veces. ¿te lo puedes creer? La llamo para que me ayude y ella sólo busca pelea. Y encima es culpa mía.

Me han expulsado al chico de la escuela, ¿lo sabías? Sí, el mayor. Se peleó con un compañero y parece ser que le hizo daño. Ya ves, tantos años

esforzándome para darle una educación como Dios manda, pagándole cada mes un buen colegio, y ahora lo manda todo a la mierda por una idiotez. ¡Hijos! ¡Qué desagradecidos que son, cuando quieren! Pues, ¿sabes de quién es la culpa? ¡Mía! Mía, porque le he enseñado a respetarse a sí mismo y hacerse respetar por los demás. ¡Autoestima!, ¿sabes lo que quiero decir? Si uno no tiene autoestima no puede ser nadie en la vida. ¿Y eso es malo? Pues ella dice que la culpa de todo lo que le ha pasado es mía.

¿Cómo quieres que pida un destino fijo en la ciudad con este panorama? ¡Me volvería loco a los dos días! Por lo menos haciendo esto salgo de casa. Me paso solo días enteros. Horas y horas sin ver a nadie. Y si alguien quiere entrar en la habitación antes tiene que pedir permiso. Por eso me gustan los hoteles. Sin gritos, sin malas caras, sin música alta... Puedo estar solo... contigo. Sí, contigo. Por favor, quédate, No quiero que te vayas. Siento lo que te he dicho antes, ya has visto que hoy no tengo el día. Te prometo que no te seguiré soltando el rollo. Estaba nervioso y no sabía lo que decía. Ahora ya estoy más tranquilo. No sabes la suerte que tengo teniéndote a mi lado. La gente no escucha. Sólo quiere hablar, hablar y hablar.

Llamaré a recepción y diré que te quedas todo el fin de semana.

HOMBRE 1: Yo ya me había vestido, había hecho la maleta y había llamado a un taxi. Y ella sólo caminaba nerviosa de un extremo al otro del pasillo diciendo: “ya viene, ya está aquí” y aún no se había vestido. Entonces aún no le dolía nada. Si no hubiese sido por el pequeño “¡crac!” que había notado en su interior, como si algo se hubiera roto para siempre, todo habría sido normal. Nos habríamos dormido hasta la mañana siguiente, el despertador habría

sonado a la misma hora de siempre y habríamos iniciado un nuevo día expectante, sabiendo que tenía que pasar algo pero sin saber exactamente cómo ni cuándo.

Pero ya no era necesario esperar más. Aquella noche sería distinta a todas las demás. Empezaba a establecer los límites entre el futuro y el pasado.

Nada volvería a ser como antes.

Y todo porque algo había hecho “¡crac!” en el vientre de una mujer.

Cuando llegamos aquí, nos llevaron a una sala pequeña y fría y yo me convertí en la criatura más impotente del universo. Ella estaba tumbada en la cama, zarandeada por sus terremotos internos, convertida en un volcán ansioso por escupir su lava. Y yo solamente podía estar allí deseando la explosión, contemplando mi soledad y mi impotencia. La habitación se estrechaba más y más, hasta que sólo quedó el espacio de la cama. Ella se aferraba a mi mano, lo único que podía ofrecerle, como si en ello le fuese la vida. Pero no estaba allí.

Sentí odio, odiaba aquella cosa pequeña que yo había hecho. Me negaba a creer que yo pudiese provocar tanto sufrimiento. Si hubiese podido habría detenido el tiempo y habría retrocedido hasta mucho antes de todo aquello. Sin remordimientos. En absoluto.

Entonces entró alguien y un pinchazo en la espalda nos devolvió la calma. Ella volvía a estar allí, pero su rostro había envejecido por el dolor. Había crecido, lo noté en su mirada, y parecía más preparada y más consciente de lo que iba a pasar. Pero yo continuaba siendo el mismo y no sanía nada. Nada de nada.

Permanecimos un rato en silencio, que a mí me pareció interminable.

Hasta que el volcán entró en erupción.

HOMBRE 3: No deberías ir contando estas cosas al primero que pasa. Son... demasiado íntimas. No está bien, a nadie le importa lo que tú puedas pensar. Te agradezco mucho que quieras contármelo, de verdad, pero no sé lo que esperas de mí al hacerlo. Sólo te puedo escuchar. No te puedo entender. Y no me preguntes por qué, por favor. No te lo sabría explicar, ¿sabes? Al menos no tan bien como tú. Yo no estoy acostumbrado a hacer este tipo de confidencias. No creo que a nadie le importe un carajo lo que me pasa por la cabeza. Porque, si no, de repente un día te das cuenta de que todo el mundo se cree que lo sabe todo de ti. Y que por lo tanto todos tienen derecho a juzgarte. Hay que ser fuerte. Hay que saber ser independiente. Es un arte. Tarde o temprano uno acaba cediendo y entrando en la noria. Tú también has acabado por ceder. Ahora tienes una mujer y un crío. Como todo el mundo. Como todos aquellos a los que no te querías parecer hace pocos años. Perdona, chico, pero ya sabes que yo digo las cosas tal como las pienso. Tú ya me conoces. Por eso he dicho que no podía entenderte. Yo me mantengo fuerte a pesar de todo y pienso que cada uno tiene lo que se merece.

Mira, yo hasta hace poco salía con una tía. No te lo he contado antes porque no tenías por qué saberlo. Ni tú ni nadie. ¿Y sabes lo que pasó? Pues que se quedó preñada, tal como lo oyes, preñada de pies a cabeza. Reconozco que no siempre tomábamos precauciones. Pero yo sé asumir mi parte de responsabilidad cuando las cosas van mal. Ser un miembro de la resistencia no significa no tener escrúpulos, ni ser inhumano. Le dije que la ayudaría a abortar. Tener escrúpulos y no ser inhumano no significa ser imbécil, lo

entiendes, ¿verdad? Yo sólo era consecuente con mi manera de ver las cosas. Y ella lo sabía, sabía cómo pensaba desde el principio. No sé por qué coño te estoy contando esto pero me da igual, así verás que no soy un desagradecido. Confidencia por confidencia y en paz. Pues quiso tener el crío, tal como lo oyes. Mandó al cuerno nuestra historia, su máster y todo lo demás, ¿te lo puedes creer? Bueno, ella es muy libre de hacer lo que le dé la gana, como si quiere ir a Nepal a tener el crío. La cuestión es que no discutimos por el asunto. Ella entendió que yo no quería saber nada de todo aquello. Respetó mi libertad porque desde el principio yo le había marcado el terreno. Y yo comprendí que ella también era libre y, si quería, tenía derecho a tirarse a un barranco. Ella y la cosa que leva dentro. A veces me pregunto si tendrá mis ojos y mi nariz, pero luego me respondo que me importa un pimiento.

¿Quieres otro whisky?

HOMBRE 2: ¡Felicidades chaval! Disfrútalo mientras puedas porque el tiempo pasa volando. Ahora es cuando son más tuyos que nunca. Dentro de unos días ya reconocerá tu voz y más tarde cuando te vea sonreirá. Después todo cambia muy deprisa. Se hacen mayores y se acaba todo. Pero no me hagas caso. Sólo sé quejarme, es lo que sé hacer mejor. Yo también estuve en el parto de mi primer hijo. Estaba tan nervioso como tú y, después de una noche sin dormir, tenía el mismo aspecto que tú tienes ahora. Cuando vi salir su cabecita y después el resto de su cuerpo no me lo podía creer. No sabría explicarte todo lo que me pasó por la cabeza. Era como si de repente aquella cosita que lloraba me hubiese colocado en el centro del universo. Y me preguntaba cómo, si éramos capaces de hacer algo así, podíamos llegar a ser

tan hijos de puta los unos con los otros. Después le cortaron el cordón pero yo noté que aquello no serviría de nada, porque ya había una especie de cordón invisible que nos unía para siempre a los tres.

Es curioso. No lo he podido explicar hasta ahora. Puede que haga falta tiempo. Puede que tengan que pasar los años, no lo sé. Lo que sí te puedo decir es que aquellos fueron días muy felices. Me sentía igual que tú. Pero hay algo que he perdido por el camino. Puede que sea ese brillo que tienes tú ahora en los ojos. Seguramente es eso. Yo entonces me sentía como si formara parte de un bosque, un bosque que está creciendo. Un bosque inmenso. Pero de repente cayó un árbol, y después otro, y otro. Hace más ruido un árbol cuando cae que un bosque mientras crece. No dejes que el ruido te asuste. No dejes que el ruido te asuste o te arrepentirás.

Mira, no me hagas caso. Me estoy poniendo sentimental y no me gusta porque entonces no sé lo que me digo. Ya nos veremos el miércoles en el trabajo. Ni se te ocurra ir antes. Yo ya me las arreglaré con los de arriba, no te preocupes. A esos les da igual si tienes un hijo o no. Te lo vuelvo a decir: felicidades.

Es una niña muy guapa.

HOMBRE 1: Ahora ya sé decirlo. No sabría decir otra cosa. Miradla bien: Es mi hija.

OSCURO.